



# Violencia vicaria: Las huellas irreversibles

María Elena Benítez Pérez, Castelldefels, junio de 2023

De todos los amores posibles, el de una madre es el más puro y profundo. En adelante, su corazón caminará siempre fuera de su cuerpo. Son sus hijos e hijas su mayor tesoro. Por eso, no hay maltrato mayor ni más desgarrador que cuando sus parejas o exparejas los utilizan para ejercer la forma más extrema de violencia machista.

No se trata de una violencia aislada, sino que, tal y como explican diversas expertas, *es la culminación de un proceso de control y maltrato que sufren muchas mujeres*. El concepto “vicario” hace referencia, precisamente, a la sustitución de un individuo por otro en el ejercicio de una acción. En este caso, los hijos e hijas en sustitución de la madre, la cual es el principal objetivo. “*Te daré en lo que más te duele*”, “*Mía o de nadie*”, son algunas de las expresiones a las que recurren los maltratadores en sus amenazas.

Pensemos, por un momento, qué tipo de persona estamos imaginando: a un enfermo mental capaz de agredir a cualquiera sin discriminar o a un hombre machista y violento capaz de castigar a su mujer hasta el extremo si no hace lo que quiere. Las expertas nos advierten que *no son enfermos mentales; sino que se trata de machistas que se creen con todo el poder de hacerlo*. El objetivo es claro, destruir la vida de la madre. Nada ni nadie podrá resarcir el dolor de esas mujeres. Las huellas serán irreversibles.

El azar hizo que conociera a la testigo de esta tragedia constatada: “*Un hombre mató ayer a su hijo de cuatro años de un disparo y luego se quitó la vida con la misma arma*”. Saber escuchar es un arte y a veces se pasa por alto que las historias dependen de lo que nos dicen los demás, de ese alguien que ofrece testimonio de las cosas.



Es una mujer guapa, todavía joven, que a todas luces grita tener un trastorno mental. Camina por la vía entre los vehículos. Un atropello, me dice, es el Plan B para reunirme con mi hijo. En su andar se hace acompañar, entre muchas bolsas, de una guitarra que (según como se encuentre ese día) toca en la terraza de un restaurante cercano. Lo hace bien, aunque, la armonía que libera el instrumento transmite tristeza. Me pregunta si creo en la mano de Dios. Le respondo que sí. Sabe que su hijo está muerto, pero, no deja de buscarlo, mueve compulsivamente sus manos con la certeza de que su cerebro está en otro niño, al que tiene que encontrar. Hace planes en su mente como la empresaria que fue, para dejarle garantizado un buen futuro a su hijo, que es el mío.

Un niño involucrado en un conflicto de adultos. Un agresor que lo deshumaniza y lo convierte en objeto de una agresión machista y extrema. Una madre con alteraciones de pensamiento, de estado de ánimo, de personalidad, de comportamiento, que no se curará sola y acabará por enfermar. Las desigualdades -en particular, la propensión a la violencia- entre hombres y mujeres no son determinadas genéticamente ni son inalterables, aunque tienen detrás siglos de historia, de patrones culturales, de mitos, de relatos que favorecen que ese lastre se mantenga.

Las cartas para dismantelar las estructuras tradicionales de pensamiento y práctica se juegan, básicamente, en tres potentes herramientas: primero, la educación de las nuevas generaciones; los niños de hoy serán los padres y madres de mañana, de ahí la importancia de formarles en valores de igualdad, de tolerancia cero a la violencia y de respeto mutuo; segundo, la sensibilización de la sociedad para materializar el cambio, los referentes o la falta de ellos también están ahí, tercero, el compromiso de la justicia y las organizaciones sociales. Apostemos por ello.